

Porteño

Desperté cuando Piazzolla ejecutó el último compás de «Adiós Nonino». Había estado soñando música. Entre grises de matices infinitos, sin que ninguna figura se recortase en la pantalla de mi yo dormido, la melodía había custodiado mi descanso.

Supe que Nonino me había visitado.

Aparto instintivamente la frazada. Dejo al descubierto mi pijama arrugado, que parece un bandoneón. Permanezco quieto, para no despertarla. Ella duerme con la cara hundida en la almohada. Me pongo de costado, cierro los ojos y parto en busca del sueño, con la esperanza de hallar, esta vez, una pista que me permita encontrarlo.

Muy lentamente me sumerjo en los grises, ahora más claros. Ninguna imagen en medio del silencio. Creo que vuelvo a dormirme, al menos por un instante. Pasa un rato sin novedad. Voy con paciencia, sin forzar. Unos ojos felinos atraviesan lentamente la neblina. Mucho más largos que los reales, como si fueran una caricatura, se extienden en dos tajos horizontales, parpadeando en cámara lenta. A pesar de la deformidad onírica, son sus ojos, no hay duda.

Pero se aleja sin dejar rastros.

¿Cuánto hace? Cinco años, por lo menos, desde la única vez que lo vi. Nunca pude volver a encontrarlo. Lo intenté cien veces, pero no logré dar nuevamente con el lugar. Y eso que me arriesgué a buscarlo en medio de ese temible y tortuoso laberinto. No tuve suerte. Desde entonces, nos encontrábamos en algún sueño.

Llegó a Buenos Aires como uno más, en uno de esos tantos barcos y aviones provenientes de las lejanas tierras del Asia. Vino como millones de sus compatriotas, empujado por la versión demográfica de la ley de gravedad.

Hubo un tiempo en que muchos estudiosos saturaban la televisión explicando que

desde la fundación de la ciudad en el mil quinientos y pico se venía registrando el fenómeno, cada vez más aceleradamente. Aseguraban que sólo hubo escasos intervalos en que esta desembocadura del Plata fue habitada por una mayoría de nativos del lugar. Los españoles se establecieron en medio de raleadas tolderías indígenas; con el tiempo llegaron gentes de raza negra, comerciantes aventureros, inmigraciones masivas de europeos con nuevas lenguas, y no hace tanto, esperanzados provincianos primero, y vecinos de Sudamérica después. Este es un lugar de extraño magnetismo, decían. Atrae, mezcla y expulsa.

Poco a poco el debate en las pantallas fue cambiando. Conductores orientales rodeados de invitados orientales explicaban cómo los orientales se habían extendido durante milenios por todo el globo.

Yo seguía estas noticias desde mi sillón. Casi no me animaba a salir de mi casa. Apenas me limitaba a mirar por la ventana, pantalla cotidiana en la que se proyectaban los cambios multicolores que por la noche la televisión me intentaba explicar.

Me quedé resistiendo el aluvión con estoica pereza. Elegí no cambiar, permanecer aquí. La enorme mayoría de los porteños escogieron lo contrario. Pero todos, de muy distinta manera, pasamos a ser extranjeros. Muy a mi pesar, me convertí en un personaje exótico. Un forastero que sólo ocasionalmente se alejaba más de un kilómetro del lugar donde nació.

Buenos Aires se me fue haciendo imposible. Tuve que disciplinarme para salir a recorrerla todos los días. Fue el único método aceptablemente eficaz para mantener la esperanza de reconocerla, reduciendo el impacto de las modificaciones. Perder el ritmo de la caminata diaria era correr el riesgo de sufrir un corte total. Lo comprobé cuando quise ir

por barrios que no visitaba a menudo. Muchas veces estuve a punto de no poder regresar a mi casa. Decidí circunscribirme al antiguo macrocentro; abarcar menos, pero con mayor seguridad. Aún mantengo un recorrido para cada día de la semana y jamás dejo de hacerlo: intuyo que de ese trámite depende gran parte de mi cordura.

Lo conocí gracias a una de mis caminatas diarias, la de los martes, por la zona delimitada por las calles antes llamadas Callao, Corrientes, Cerrito y Córdoba. En medio del movimiento y el bullicio, me atrajo un sonido. A medida que me acercaba, lo podía distinguir con mayor nitidez. Era un lamento, una suerte de estocada vertical penetrándome la cabeza: una música punzante con sabor a óxido, un bandoneón.

¿Un bandoneón todavía por aquí?

Fui tras la música, con la esperanza de encontrarme con un porteño. Hacía meses que no me topaba con ninguno. Así llegué hasta un segundo piso y, vacilante, llamé a la puerta.

Sorpresa. Me abrió un joven oriental: coreano, tailandés, japonés, singaporés, imposible saberlo. Saludé con un gesto que no pudo esconder mi desazón. Me invitó a pasar.

El lugar era pequeño. Ellos aman los espacios reducidos, pero éste parecía aún más chico a causa de la extraña decoración. Me detuve a mirarla como si estuviese en un museo. Las paredes estaban empapeladas con fotos de personajes del viejo Buenos Aires tanguero: Gardel, Troilo, Goyeneche, Discépolo, Piazzolla, Salgán, Pugliese, Sosa, y muchos otros que no reconocí. Las fotos tenían algo en común: todos los ídolos posaban sonrientes junto al oriental dueño de casa, todo un cajetilla.

—Buen trucaje —me dijo.

Eran las primeras palabras en castellano que yo oía en meses y, viniendo de un forastero, en años. No exagero.

—Siéntese amigo, qué grata sorpresa. Hace tiempo que lucho con este instrumento sabiendo que alguien lo iba a reconocer. Me senté, por supuesto.

—¿Le gusta el tango? —Acostumbro empezar con preguntas tontas, como para romper el hielo.

—Más que eso —respondió.

Me agradaba el joven y su exótica apariencia prestada. Gentilmente, me ofreció té. Mientras lo preparaba, me contó cómo había llegado. Su caso había sido el de muchísimos otros. Todo había empezado muy lentamente en algunos barrios. Llegaban con algún dinero, montaban un negocio que era a la vez vivienda, trabajaban incansablemente, prosperaban, traían más familiares, y progresaban más. Los porteños nos resistimos de manera ambigua. La xenofobia inicial intentó algunos rechazos, pero eso aceleró la convicción de que oponerse a lo inevitable era una necesidad. No tardó en aparecer la salida. Si ellos vienen, tendremos que irnos. A esto contribuyó el simple hecho de que tamaña demanda de vivienda hizo subir los precios hasta límites ridículos. Los orientales pagaban sin chistar.

¿Quieren venir aquí? Muy bien, aprovechemos para cumplir nuestro sueño: vayámonos. Europa y Estados Unidos fueron los destinos más elegidos. La venta de un departamento de tres ambientes alcanzaba para que una familia viviera en Madrid unos años sin trabajar.

Y más negocios, más parientes, y la rueda seguía rodando. Los «Chinatown» terminaron abarcando la mayor parte de la ciudad. Empezó a haber sitios en los cuales no se podía hablar en castellano. Finalmente, Buenos Aires se redujo a unas cuadas de Palermo, un acorralado reducto de nativos, una suerte de «Porteñotown», cada vez más amenazado. Ahora, ni eso. Quedamos unos pocos repartidos por ahí. Cuando nos encontramos en la calle nos saludamos como si fuésemos grandes amigos. Será por una ancestral solidaridad étnica, supongo.

—Llegué hace ocho años, era un niño. Los que nos vendieron la casa olvidaron muchos



discos de tango. Los escuché noche y día para aprender el idioma. Terminó gustándome.

¡Malditos! pensé. ¿Tan apurados emigraron los dueños anteriores que no pudieron llevarse unos discos como símbolo? Me retracté. Yo jamás había comprado uno.

Lo miré: tan joven, tan abierto al mundo y a su dinamismo caprichoso. Y enfrente, yo. ¿Por qué me quedé? Yo ya estaba hecho. Viudo, sin hijos y con pocas ganas de cambiar. No vendí mi casa, aún vivo en ella. Permanecí en mi país, pero en calidad de anfitrión primero, huésped después, luego extranjero, y ahora espécimen.

Vivo con una china manchú, que comenzó como una especie de asistente doméstica. A mi edad, ya no quería estar completamente solo. Necesitaba quien se ocupase de la casa y me cuidara un poco. A cambio de vivienda, ella se hacía cargo de casi todo. El departamento era suficientemente grande para que ella y su hijo se pudieran instalar en un ala sin interferir con mi ritmo. Al principio le pedí que no modificara el aspecto de la casa, pero después acabé cediendo por sectores. Mi portentísimo departamento se terminó partiendo en dos hemisferios: oriental y occidental. Curiosamente, el sol entraba por las mañanas de su lado, y se ponía por las tardes en mi ventana. Finalmente, la chinización fue casi completa.

Estoy aprendiendo su idioma con una lentitud exasperante. El hijo de mi mujer se encarga de enseñarme, pero el pobre no sabe más de doscientas palabras en castellano. Sin duda, agonizaré en mi lengua.

A propósito:

—Has logrado aprender muy bien el idioma, y por lo que pude oír, también la técnica del bandoneón.

Ahí nomás empezó a ejecutar «Los mareas», como para hacerme una demostración. Confieso que casi me brota una lágrima. Cuando terminó, aplaudí. El joven me obsequió una reverencia de agradecimiento. No sólo dominaba el instrumento, tenía incorpo-

rados los gestos, los ritmos y hasta el aroma. Increíble.

—Me pregunto cómo has podido lograr semejante proeza.

—Mi padre —dijo— me contó que en la aldea había un sabio que enseñaba el arte de vivir. Decía ese anciano que la sabiduría estaba en la tierra. Que desde allí invadía todas las cosas, noche y día, pero principalmente por las noches. Los pueblos siempre han caminado, decía, y siempre deben caminar, pero con una condición.

—¿Cuál? —pregunté, mientras envidiaba sin pudor el que hubiese tenido un sabio a mano.

—No llevar peso. El sabio enseñaba que cada tierra y cada cielo siempre dan lo necesario al que los habita.

—Ah.

Yo seguía sus palabras con asombro. Hablaba con un dominio del idioma que realmente impresionaba. Contaba las cosas sin solemnidad, con cándida sencillez, mientras jugueteaba con las notas que le sacaba al fuelle.

—Por eso, mi padre y yo no trajimos más que el dinero que nos dio el gobierno para que nos fuéramos.

—Eso pesa poco —comenté.

—Ni ropa, ni libros, ni fotos. Hemos comprobado que el sabio tenía la verdad. El caminó mucho, sin atarse nunca a nada. Decía que las tradiciones no debían llevarse, porque pertenecían a la tierra. Que en cada sitio hay tradiciones propias, y que funcionan. De lo contrario, los nativos de cada lugar no las hubieran seguido. Si uno llevase las suyas por dondequiera que fuera, decía el anciano, no valdría la pena moverse del lugar en que uno nació. El único modo de aprender es caminar escuchando las voces milenarias de cada tierra. También decía que esas voces quedan encerradas en los instrumentos musicales.

Y allí estaba el muchacho, obediente a sus ancestros, exprimiendo el bandoneón para beber su concentrada sabiduría.

Yo no había caminado mucho. Jamás salí

當「中國」到了歐洲

當「中國」到了歐洲

de Buenos Aires, salvo para algunas vacaciones breves. Seguro que el oriental me triplicaba en conocimientos acerca de tango, y no sólo a mí sino a cualquier habitante medio del antiguo Buenos Aires. Yo era sus antípodas. Estaba clavado a la tierra donde había nacido, pero a mi modo, también caminaba, ya que a mi alrededor todo se había movido tanto que hasta me costaba construir la percepción de mí mismo. No me quejo. Se me había dado la posibilidad de una nueva vida, un nacimiento completo. Asumí la misión de ser como un último testigo, una suerte de vestigio, como los onas de la Patagonia. Un nativo, dijo. Eso era yo. Pero un nativo al que le corrieron el piso. Estaba reconociendo todas las cosas como si fueran absolutamente inéditas. Y sin saber a mano para ahorrarme tropezos.

—Tocate otro —pedí.

Me regaló uno de Piazzolla, no sé cuál. Enseguida vino a mi memoria aquella estampa mítica, de la que surgía esa música tantas veces incomprendida por quienes se consideraban guardianes de la tanguidad. Llevado por el entrecruzamiento de melodías y armonías asimétricas, lo recordé esparciendo aires porteños alrededor del mundo. «Buenos Aires», eso fue para Piazzolla nuestra ciudad: un viento inquieto, un va y viene, un entra y sale, un traiga y lleve. Claro que tenemos nuestros sabios, me dijo. Pero no son como los orientales, arraigados en la tierra. Los nuestros son sabios de puerto.

Cuando terminó me dijo con cierto orgullo:

—Soy un porteño de ley.

Reí, reí muchísimo, palmeándolo en el hombro. Se sintió fortalecido con mi aprobación. Sin duda hacía tiempo que aguardaba que alguien llamara a esa puerta atraído por su bandoneón. Volví a mirar las fotos trucadas que llenaban las paredes de góminas, moños, trajes oscuros, sonrisas de café y ambiente de noche y amistad. La imagen repetida del muchacho se me empezó a hacer familiar. A fuerza de reiteraciones nada desentona, pensé.

—Estoy progresando con el idioma desde que empecé una técnica nueva.

—Me gustaría que me la enseñaras, pero

para aprender tu idioma —le dije—. ¿En qué consiste?

—Desconstrucción.

—¿Cómo?

—Un mecanismo por el cual, para aprender una nueva palabra en español, debo repetirla las veces necesarias hasta...

—Recordarla —interrumpí.

—No, hasta olvidar la misma palabra en mi lengua natal.

Me asombró el método, y lo calificué interiormente de aberración absoluta. Crecer es sumar, no restar.

—Llevo un ochenta por ciento del diccionario español aprendido y he olvidado otro tanto de mi lengua.

Esta confesión me pareció singularmente dolorosa. Además, era imposible aprender con él, ya no conocía su lengua. Por otra parte, yo prefería aislarme hasta el extremo antes que perder mi castellano. Traté de salvar ese escaso veinte por ciento que le quedaba de raíces.

—No debés hacer eso. No creo que el anciano estuviese de acuerdo con tu método. Además, llegué a ilusionarme con aprender juntos las lenguas de ambos. Sos uno de los escasísimos puentes que andan por aquí. A decir verdad, el primero que encuentro.

Me miró turbado. Mi observación le cayó como un reproche. Enseguida lo suavicé, diciéndole que respetaba su método pero que me parecía algo crudo dejar atrás



當「中國」到了歐洲

tan violentamente los sonidos y significados que había heredado de su madre, ante quien seguramente había dicho esas palabras que ahora aniquilaba sin piedad. Me respondió que su madre había muerto en la aldea. Le repliqué que eso reforzaba mi argumento, y que el lenguaje no tiene peso ni impide caminar.

Creo que no lo convencí. Era demasiado joven para entender mis razones. Dejé el tema así, para no polemizar, recordando que yo también había cometido tropelías con muchas herencias de mi madre.

—Me gustaría que me visitaras todos los días —me dijo.

Me alegró que me lo pidiera. Sabía que asumir tal compromiso podía hacer peligrar mis caminatas diarias, reduciendo cada día mi contacto con el Buenos Aires en agonía. Igual acepté.



Antes de volverme a casa, nos despedimos con afecto.

—Te espero mañana, a esta hora. ¿Está bien?

—Aquí estaré.

Intenté volver, no una, sino cientos de veces. Me fue imposible dar nuevamente con la casa. Sé que todavía espera, por eso me visita en sueños.

Ya en la puerta, recordé que no nos habíamos presentado.

—Mi nombre es Alfredo, ¿el tuyo?

—Yo necesito un nombre nuevo. ¿No querías darme uno?

Pensé un momento en esta suerte de bautismo. Sabía que al darle un nombre haría que el oriental olvidara el suyo para siempre. Me estremecí, prolongando la elección todo lo posible. Insistió. Sentí que estaba por causarle un daño irreparable, algo que él jamás me perdonaría si con los años llegaba a darse cuenta. Un nombre, un nombre...

—Nonino —dije.

Por unos segundos las rendijas de su rostro brillaron, acusando el golpe del nombre penetrando hasta los tuétanos.

Nonino —dijo—. Lo repetiré hasta olvidar el anterior.

Imagino al oriental repitiendo miles de veces: Nonino, Nonino, No-ni-no, mientras parpadean lentamente sus ojos de felino en la niebla. Siento desaparecer unas sílabas de música impronunciable, que lo habrán acompañado desde su primer aliento, y oigo las quejas subterráneas de alguien que susurra esas sílabas desde una aldea lejana, en el Asia. Boca arriba, estreno la mañana con la misma gratitud con que me prometí hacerlo desde el día que cumplí setenta años. Ella me ofrece té, me recuesta sobre el respaldo de la cama y le sonrío. Enseguida viene su hijo, trayendo en brazos al bebé. Saludo a todos con un beso. Me siento un patriarca recibiendo visitas. Bebo mi té en sorbos cortos, mientras mi hijo, a mis pies, juega con las frazadas.